

vimiento como una tarea que se va desarrollando y perfeccionando en el tiempo, sin quedarnos en planteamientos arcaizantes, asumiendo los nuevos retos sin excluir lo esencial, podremos avanzar en el camino de la propia comprensión cristiana y del diálogo con quien no tiene esta bendita fe. Por otro lado, sólo siendo serios podremos superar las manipulaciones.

Libertad y felicidad como radicales del vivir cristiano

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
Facultad de Económicas
Universidad de Navarra

Si se admite que la plenitud del hombre reside en el primer Adán, en Cristo, del cual el segundo Adán es imagen, es evidente que el humanismo en sentido pleno tiene que remitir a Cristo, o al menos en su posibilidad.

Cabe, no obstante, un humanismo construido exclusivamente a partir del segundo Adán, pero en su seno se plantean tales contradicciones internas que de algún modo lo hacen inviable. No puedo detenerme ahora en este tema, por lo que remito al excelente ensayo de K. Löwith donde compara el humanismo que se sigue de las posturas antropológicas de Marx y Weber. Parafraseando a Nietzsche, se podría decir que esos humanismos son «humanos, demasiado humanos».

Lo que he llamado humanismo «demasiado humano» constituye, a mi entender, el núcleo antropológico de la mayoría de las teorías económicas, y de casi toda la teoría social al uso. Desde este punto de vista el rasgo que caracteriza este tipo de humanismo es la reducción del concepto de persona al de individuo, y como consecuencia inevitable, la reducción del concepto de felicidad al de utilidad.

Esta especie de empequeñecimiento del hombre tiene que ver con el hecho de que ese tipo de humanismo no permite dar entrada en su seno al concepto de libertad en toda su plenitud. Eso ex-

plica que en su lugar aparezca lo que se ha dado en llamar teoría de la «elección racional», que viene a ser una confirmación de las razones de esa imposibilidad.

Podríamos decir que la presencia de la libertad, o en su caso, de la «elección racional» constituye como la piedra de toque para determinar de qué tipo de humanismo estamos hablando. Lo cual depende de que se acepte o se rechace la Verdad en su más radical hondura. En otras palabras, la aceptación o la negación, no tanto de Cristo, como de su mera posibilidad.

Una actitud que por principio se cierre a la misma posibilidad del misterio de Cristo, impone que lo humano sólo pueda estar construido por verdades que no liberan al hombre, sino que lo mantienen encerrado en sí mismo. Se trata de verdades que se imponen por su evidencia. De tal modo que no hay más realidad que la que se ve, como es propio de la teoría. Unas verdades limitadas, a la medida del hombre, que una vez conocidas, devuelven al hombre su propia imagen.

Para que la libertad sea posible, para que el hombre no se tropiece siempre consigo mismo, es necesario admitir la posibilidad de una verdad que no se imponga, que no sea evidente, sino que sea puro Don. Dicho de otro modo, para que el hombre pueda descubrir la libertad es necesario admitir el misterio de Cristo. Sólo ante la plenitud de la Verdad que es Cristo, la razón humana puede dejar de ser esclava de sus pasiones, o de sus propias limitaciones. Esto explica que la fe exija la humillación de la razón, esto es, condición imprescindible para que la fe sea radicalmente libre.

El rechazo a la posibilidad del misterio de Cristo cierra al hombre sobre sí mismo, dando lugar a la figura del individuo. Para el individuo no hay futuro ni esperanza. Se enfrenta como un mundo laplaciano donde todo está dado, todo es evidente, o por lo menos previsible. En ese mundo la libertad necesariamente se convierte en elección racional. Surge así un tipo de racionalidad, de

cerramiento de la razón sobre sí misma, descrito con tonos sombríos en la metáfora weberiana de la «jaula de hierro». La razón se convierte en los rígidos barrotes que cierran al hombre en su propia decisión racional. Como muy bien señaló San Agustín, sin Cristo, sin la Revelación, no cabe más que un falso humanismo, sin historia y sin esperanza, un eterno retorno, en el que el hombre quedaría encadenado a un tiempo circular y sin sentido.

Entre individuos que sólo pueden elegir racionalmente, las únicas relaciones posibles son las de intercambio de equivalentes. El mismo trabajo, que por sí mismo es apertura al otro, tiene que ser definido como división, como separación entre los individuos. Dicho de otro modo, los individuos se ven sometidos a una racionalidad según la cual cada uno de ellos es fin para sí mismo, y medio para todos los demás. Se plantea así la gran tragedia de este tipo de humanismo, por una parte, se desearía tratar a cada hombre como un fin en sí mismo, pero, por otra, la única racionalidad admitida niega la posibilidad de ese deseo.

Si se acepta la posibilidad de la Revelación, es decir, el don de una Verdad ofrecida libremente, el hombre se abre a la posibilidad de lo inesperado, a una verdadera esperanza. La libertad no es optar por lo previsible, sino abrirse a la sorpresa de lo inesperado e impensado. Las relaciones esenciales entre los hombres se hacen de confianza mutua, de apertura al Otro, que es el constitutivo radical de la persona humana. Se hace posible que cada uno se convierta en posibilidad para los demás. En crecimiento mutuo con vistas a una común esperanza.